



ASPERGER PARA ASPERGER ®



Las palabras que rebotan



A Leo le encantaba construir. Con sus bloques de colores, podía crear castillos con torres que rozaban las nubes y naves espaciales listas para explorar galaxias lejanas. Cuando construía, el mundo entero desaparecía y solo existían él y sus maravilloosas creaciones.

Un día en el colegio, Marco se acercó mientras Leo terminaba un puente colgante. "¿Qué es esa basura?", dijo Marco con una risa burlona. Las palabras, afiladas y grises, volaron hacia Leo como pequeñas flechas. De repente, su increíble puente le pareció pequeño y tonto.



Esa tarde, Leo no quiso jugar. Se sentó en el sofá, con la mirada perdida. Su abuela Elena se sentó a su lado. "¿Qué le pasa a mi arquitecto estrella?", preguntó con voz suave. Leo le contó que las palabras de Marco le habían dolido, como un golpe en el estómago.



La abuela Elena sonrió misteriosamente. "Ah, es que no has activado tu escudo invisible", le dijo. "Todos tenemos uno. Se hace con las cosas que te hacen fuerte y feliz. Se alimenta de tu confianza".

"¿Cómo lo activo?", susurró Leo. "Recordando todo lo bueno que hay en ti", respondió ella. "Dime algo que te guste de ti mismo". Leo pensó. "Soy bueno construyendo", dijo. "¡Bien! El escudo se hace más fuerte. ¡Otra cosa!". "Soy un buen amigo", añadió Leo, sintiendo un pequeño calor en el pecho.



Al día siguiente, Leo se sentía nervioso, pero recordó las palabras de su abuela. Mientras caminaba por el pasillo, cerró los ojos por un segundo e imaginó su escudo. Lo sintió brillar a su alrededor, fuerte y cálido, alimentado por el recuerdo de sus torres, sus amigos y su risa.



Marco lo vio y se acercó, listo para lanzar otra flecha. "Sigues jugando con cosas de bebés", dijo. Las palabras grises volaron por el aire, directas hacia el corazón de Leo. Pero esta vez, algo fue diferente.



¡Pum! Las palabras chocaron contra el escudo invisible y rebotaron. No le hicieron daño. Cayeron al suelo como si fueran bolitas de papel sin importancia. Leo se quedó asombrado. Por primera vez, las palabras de Marco no le dolieron en absoluto.

Leo sonrió. Entendió que el escudo no era para pelear, sino para proteger su propio corazón. Ese día, en el recreo, construyó el cohete más espectacular que jamás había imaginado. Y mientras lo hacía, se sintió fuerte, feliz y, sobre todo, a salvo dentro de su propio castillo de confianza.